

este estado, por despojarme de una rica herencia." Felipe le recibió en su casa, le hizo instruir en las ciencias necesarias á su profesion, cuidó muy particularmente de su formación espiritual, y cuando ya hubo hecho de él un sacerdote virtuoso y capaz, le envió muy gozoso á su pais. ¿Pero cómo pudo conocer que este jóven era sacerdote, en una edad tan tierna y bajo tan completo disfráz? Esto mismo le preguntó Tarugi, y él le respondió, que habia visto brillar en el rostro de este jóven el esplendor de su carácter.

El cardenal Federico Borromeo, atestiguaba que el santo conocía, con solo ver á sus discípulos, los cambios que hacian en el bien ó en el mal. Dijo un dia á uno de ellos: "¡Ay, hijo mio, que fea está vuestra fisonomía!" Comprendió el jóven lo que le queria decir, y movido con esta reprension, se apresuró á poner su alma en buen estado. Luego que volvió á ver al padre, aunque éste ignoraba lo que habia hecho su discípulo, notó muy bien que su corazon estaba ya purificado, y le dijo sonriéndose: "¡Qué hermoso estais hoy, hijo mio! así es como yo os quiero."



---

## CAPITULO XXX.

Prudencia y discrecion de Felipe, en el gobierno de las almas.

---

AUNQUE Felipe estaba lleno de desprecio hácia su persona, y quería que los demas tambien lo despreciasen, á cuyo fin se fingía siempre nécio y aun insensato, ninguno se engañó con sus estratagemas, antes bien, todos los que le trataban reconocian en él una suma prudencia y habilidad, por lo que de todas partes le consultaban como un oráculo. El papa Gregorio XIV seguía su parecer en los negocios de alta gravedad. Clemente VIII hizo otro tanto, muy especialmente cuando se trató de volver á la fé católica al rey de Francia Enrique IV. Leon XI recurría aún con mas frecuencia á la sabiduría de sus consejos. San Carlos Borromeo tenía con él conferencias de muchas horas. No se desocupaba su

cuarto de cardenales, de obispos y de príncipes que venian á someter á su juicio sus embarazos y dificultades. El célebre general de la compañía de Jesus, Claudio Acuaviva, no obstante su muy conocido saber, tenía con él largas y frecuentes conferencias sobre los negocios de su religion. Los superiores de las demas órdenes hacian otro tanto, y uno de ellos, despues de la muerte del santo, depuso lo siguiente, bajo la sagrada religion del juramento: “Yo he tenido ocasion de consultar á cuantos hombres eminentes en ciencia y virtud encierra Roma, y no he encontrado otro que haya resuelto mis dudas con tanta prudencia y tino como el padre Felipe.”

No habia para él negocio embrollado, y sabia siempre encontrar medio para salir de los mas intrincados. Es cierto que algunas veces parecian sus consejos arevidos y aun imprudentes; pero los resultados venian siempre á justificarlos, sucediendo entónces la admiracion al temor que se habia tenido en seguirlos. Por lo demas, no le gustaba ingerirse en asuntos ajenos, y no se entregaba nunca sino con una prudente reserva á su humor officioso. Encargábale uno en cierto dia, que fuera á hablar al papa á cerca de un negocio que no le interesaba, y respondió: “Cualquiera otro que yo, puede hacer eso con mejor éxito: la prudencia exige que economice mis recomendaciones al pontífice, para tenerle grato cuando sea necesario; de lo contrario pareceré importuno.”

Procedia con tanta seguridad en el discernimiento de espíritus, que en esta materia parecian infalibles sus juicios. Todos los que por su dictámen abrazaron el estado religioso, vivieron felices y contentos en él hasta el fin de su carrera; y por el contrario, los que se entraron á él contra su parecer, mas tarde ó mas temprano, tuvieron motivos de arrepentirse. Y á pesar de los peligros del siglo, aquellos que por seguir la opinion de este grande hombre, se quedaron en el mundo, hicieron grandes progresos en la virtud; prueba evidente de que estaban en su verdadera vocacion. Hé aquí algunos ejemplos.

Juan Bautista Vitellio, jóven de una conducta arreglada, vino expresamente desde Foligno á Roma, para saber de boca de Felipe cuál era su vocacion. Al comenzar su confesion, le dijo: “Padre mio, os entrego enteramente mi voluntad, y estoy dispuesto á seguir la vocacion que Dios me manifieste por vuestro medio. Pero como es necesario que ante todo me conozcais, voy á haceros una confesion general.” Y al decir esto, sacó un papel de su bolsa é iba á darle lectura; pero el santo se lo quitó de la mano y lo hizo pedazos, diciendo: “Ya está; basta.” Quería sin duda experimentar su obediencia, la cual fué perfecta, pues el jóven no se permitió la menor observacion. Lo admitió el santo desde entónces á su amistad, con el objeto de poderlo humillar y mortificar á su gusto; pero el nuevo discípulo salió triunfante

de unas pruebas tan difíciles que costaba trabajo soportarlas á algunos religiosos. Mas á pesar de todo, nada le decía el santo respecto á su vocación, no obstante que por eso se había puesto en sus manos. Callaba, pues, y aguardaba tranquilo la resolución de Felipe. Un día se fué á orar á la iglesia de San Buenaventura, y le pareció oír una voz que le decía interiormente: "Juan Bautista, vuélvete á Foligno." Luego que volvió á ver al santo, no le dijo una palabra respecto de esta orden del Cielo; pero Felipe que ya la sabía, le dijo: "Es voluntad de Dios que permanezcáis en el siglo: volved á Foligno, donde os quiere por ahora, y permaneced allí hasta que os mande otra cosa." Bien sabía, al decir esto, que la Providencia nunca le llamaría á otra parte; pero quería que tuviese libre su corazón de todo apego á su familia y á su patria; disposición importante para la vida espiritual. Juan Bautista volvió en efecto al país de su nacimiento; en donde no cesó de edificar á sus habitantes, habiendo muerto santamente después de una vida de más de ochenta años.

Cuando Baronio era todavía joven, quiso ser capuchino, y Felipe le negó su consentimiento, el que no pudo conseguir á pesar de sus continuas instancias. Murmuraron algunos de este consejo, y aun se atrevieron á decir que Felipe no apreciaba las órdenes religiosas. Supo estos rumores; pero no hizo aprecio de ellos, porque sabía ya lo que Dios quería hacer de su joven discípulo.

Francisco Puccio se creyó igualmente llamado á tomar el hábito de capuchino, y manifestó su deseo al bienaventurado padre: "No penseis en eso, hijo mio, le decía, se opone vuestra salud á que seáis admitido en esa orden; y no sois á propósito para el estado religioso: permaneced en el siglo, y en él sereis más útil para vos y para los demás." Este razonamiento, en lugar de convencer á Puccio, encendió más sus deseos, y volvió tantas veces á la carga, con nuevos argumentos, que al fin, vencido el padre por su tenacidad, le dijo un día: "Id, pues, á los capuchinos, supuesto que creéis que Dios os llama allá; pero yo sé que no permaneceréis entre ellos." En efecto, entró en el convento de capuchinos de Viterbo, en el que estuvo seis meses como un fervoroso novicio; pero en seguida se quebrantó su salud, y tuvo que volverse á su patria, en donde se enfermó gravemente. Parece que esto era suficiente para que conociese este hombre su error y renunciara á un proyecto que le dictaba su propia prudencia. Pero sucedió todo lo contrario, pues hizo voto de continuar su noviciado si llegaba á sanar. Restablecióse en efecto, y á penas recobró sus fuerzas, cuando se puso en camino para volver al monasterio. Al pasar por Roma, el santo procuró detenerle, pero no lo consiguió, porque el voto que había hecho le servía de excusa. Felipe le ofreció conmutarse; pero no quiso. Entonces el buen padre escribió al general de los capuchinos,

instruyéndole de lo que pasaba, y le envió á su jóven al dia siguiente. “¿Qué quereis?” le dijo el prelado al verle entrar á su cuarto.---“Vengo, respondió Francisco, á solicitar de vuestra reverencia la gracia de continuar mi noviciado, que una enfermedad me obligó á dejar.---Eso no puede ser, respondió el general; porque vuestra salud es demasiado débil para que podais guardar nuestra regla, y es preciso que penseis en otra cosa.” Francisco alegó el voto que habia hecho; mas el superior le contestó: “Eso está bueno para vos, pero no para mí que no he hecho voto de admitiros,” y le despidió. Su pretendida vocacion no pudo ya resistir y se desvaneció como un sueño. Dócil ya este jóven á los consejos del santo, se ordenó de sacerdote y llegó a ser arcediano de Prenestino, en donde hizo innumerables bienes.

Un jóven portugués de diez y siete años, llegó á ser bajo la direccion de Felipe, uno de los mas raros hombres espirituales. No solo excedía en virtud á los demas discípulos del santo, sino que hablaba de las cosas de Dios con una sabiduría prodigiosa y de un modo sumamente agradable. Los directores mas eminentes en ciencia y virtud, solicitaban su conversacion, y no se cansaban de oírle discurrir sobre las cosas mas sublimes de la mística teología. Despues de llegar á tan elevada perfeccion, le vino el deseo de hacerse religioso y se lo manifestó á su santo director, quien en lugar de aprobarle su pensamiento, lo combatió

cuanto pudo. Insistió el jóven y fueron tantas sus instancias, que al fin llegó á decirle Felipe: “Id, hijo mio; y supuesto que así lo quereis, yo os entrego á los deseos de vuestro corazon.” Este language hubiera debido espantarle; pero era tal la violencia de su deseo, que no le dió lugar á la reflexion. A pocos dias entró al monasterio que habia elegido, pasó su noviciado de una manera edificante y se le admitió á la profesion. Convidóse á Felipe para aquel acto y asistió á él con Tarugi y algunos otros padres del Oratorio; pero se retiró á un rincon de la iglesia y se puso á llorar amargamente. Notó esto Tarugi, y acercándose á él le preguntó la causa de aquel copioso llanto. “Lloro, le dijo Felipe, las virtudes de este hijo querido.” No comprendió por entónces Tarugi esta respuesta enigmática; pero la conducta del jóven religioso vino á revelar muy pronto su significado. Se llegó á relajar de tal suerte, que ya no guardaba ninguna de sus reglas, y acabó por salirse del convento sin dejar por esto el hábito; y empleó el resto de su vida en vagar por el mundo.

Por aquel mismo tiempo vivía en Nápoles una doncella llamada Ursula Benincasa, cuya santidad era tan afamada en aquella poblacion, que llegó á noticias del papa Gregorio XIII, quien la hizo venir á Roma y encargó á Felipe, cuyo espíritu de discernimiento conocía, la examináse y le diese cuenta de sus observaciones. Nuestro san-

to probó por muchos dias su humildad, su paciencia y obediencia, afectando no dar crédito á sus éxtasis y raptos, tratándola con aparente desprecio, y privándola por mucho tiempo de la sagrada comunión. Luego que se cercioró que el espíritu de Dios guiaba á aquella muger, manifestó su juicio al sumo pontífice, y cuidó antes de que volviese á su pátria esta santa jóven, de precaverla con sus consejos de los embustes del demonio.

“Cuando se quiere saber, decía, si el espíritu de Dios guia á una alma, es preciso mortificarla. La mortificación es una piedra de toque, cuyo efecto es infalible.” Así es que no dejaba de aplicarla á todos aquellos cuya santidad quería calificar para gloria de Dios ó provecho de otros.

El insigne orador Alfonso Lupo, fué á predicar un dia al Oratorio, y se disponia ya para subir al púlpito, cuando se le presentó Felipe y le dijo en voz alta mirándole con un aire muy desdenoso: “¿Vos sois Lupo, ese predicador afamado, que engañado con los aplausos del pueblo, se cre mejor de lo que es; y que se gloria neciamente de subir á los púlpitos mas distinguidos de la Europa católica? Tened entendido que la Italia posee oradores cristianos que os aventajan mucho en doctrina y santidad.” El virtuoso Lupo no se desconcertó con aquel apóstrofe tan inesperado y humillante: antes bien se arrodilló á los piés del santo, y le dijo llorando: “Es cierto lo que decis, padre mio; y os estoy muy reconocido por

el servicio que me haceis en abatir mi indomable orgullo.” Encantado Felipe de ver en aquel hombre tanta humildad y tanta afabilidad, se apresuró á levantarlo, y le dijo abrazándole con ternura: “Sois un sacerdote digno de anunciar la palabra de Dios; y su Magestad bendecirá siempre vuestro ministerio. Id pues, y rogad al Señor por mí.”

Habia entónces en Roma un tercero de la orden de San Francisco, que gozaba de una alta reputacion de santidad. El cardenal Cusano, protector de esta religion, le envió un dia á nuestro santo para que le probase, segun se lo tenia ya encargado. Felipe al verle entrar, le miró de arriba á bajo, y dijo con un tono de desprecio: “¿Qué casta de hombre es este?” En seguida le presentó su bolsa diciéndole: “Tomad de aquí lo que querais.” Gozoso con esta humillacion el buen religioso, y deseando todavía aumentarla, se arrojó sobre la bolsa con cierta ansiedad, y fingió querer tomar todas las piezas de moneda que contenia, aunque al fin no tomó ninguna. Notólo Felipe, y dijo á uno de los suyos: “Parece que mas necesita de pan que de dinero: id á traer algo con que satisfaga su necesidad.” Luego que trageron el pan, comió aquel hombre algunos bocados de una manera voraz, y echó el que le sobró en su saco. “Querria saber, le dijo Felipe, cual es vuestra oracion.” El le rezó con un aire necio la oracion dominical. Todo este manejo agradó demasiado á

nuestro santo, y no pudo dudar que aquel hombre tenia una virtud sólida. Para acabar la prueba, le dijo bruscamente que se fuera. Despues escribió al cardenal diciéndole que una virtud tan humilde y tan paciente, no dejaba lugar á que se sospechase de ella, y que con toda seguridad podia decirse que aquel hombre era un santo.

Los consejos que daba este maestro consumado á los directores de almas, iban siempre marcados con el sello de una admirable sabiduría. El lector podrá juzgar de ellos por los pocos que nos han conservado sus historiadores. “Hay algunos directores, decia á sus padres, que no conocen otro aliciente que el que Dios les ha dado, ni otro camino para las almas que el que ellos siguen: y quieren que por bien ó por mal, todos sus penitentes pasen por él. No imiteis semejante ejemplo. El que obra de esta suerte, usurpa los derechos del Espíritu Santo; expone á las almas á extravarse, y detiene sus progresos en la virtud, sujetando sus movimientos espirituales. Hay tambien, añadía, otro mal que temer, y es el dejarles libertad de hacer cuanto quieran. En este difícil camino es preciso ir paso á paso, so pena de agotar las propias fuerzas, y entónces detenerse, ó ir para atras: por otra parte, un fervor poco prudente nace por lo comun de un principio de orgullo. Por último, conviene que la alma descansa algunas veces, y se enseñe á someter su entendimiento y voluntad.

“No aprobaré jamás, decia, que los penitentes muden de confesor sin que haya motivo suficiente para ello. De esto resultan mas inconvenientes que ventajas; y de aquí es que conviene no recibir á aquellos que vienen á uno sin un motivo legítimo, y volver á enviar á su primitivo confesor á los que se habia recibido por una utilidad pasagera.” Así lo hacia él mismo en semejantes casos. Nero de Nigri se confesaba ordinariamente con un religioso servita, y Felipe le recibió durante una enfermedad de su confesor: pero luego que este sanó hizo que volviese á él. Altobello, Canónigo de San Márcos, se puso bajo la direccion de nuestro santo, durante un viaje que hizo á Polonia el Padre Bordini, su confesor habitual; y le agradó tanto el modo de Felipe, que ya no quería dejarlo cuando volvió su director; pero el santo no fué de este parecer. Desde la mañana siguiente al dia de su llegada, dijo al canónigo que venia á confesarse segun su costumbre: “¿Habéis visto á vuestro padre espiritual?—No, respondió este.—Pues bien, repuso el santo, es preciso que vayais á verle y que os pongais de nuevo bajo su direccion.—Quiero mejor quedarme con vos, le dijo Altobello; os ruego me dispenseis esta gracia.—Seré siempre vuestro amigo, respondió Felipe, pero conviene que os volvais con Bordini.”

Le gustaba ver á los casados escoger libremente á un mismo confesor; porque decia, le es mas fácil á este hacerlos vivir en buena armonia. Re-

comendaba mucho á los penitentes que aspiraban á la perfeccion, que se conformasen en todo con la voluntad de su confesor; que no procurasen nunca el hacerlos pensar como ellos en ninguna cosa; que no se permitiesen interpretar sus pareceres; y sobre todo, que nunca emprendiesen ninguna maceracion sin haber antes obtenido su licencia. Tampoco aprobaba que hiciesen voto alguno sin prévia consulta de su director, y decia que en esto debian proceder los confesores con mucho tiento. Fundaba este dictámen en aquellas palabras del Eclesiástés: “Vale mas no hacer voto alguno, que hacerlo y no cumplirlo (Eccles. 5, 4).” Era enemigo de la inconstancia, y queria que cada uno permaneciera en su estado, mientras en él no hubiera ocasion de pecado.” “¿Se busca la perfeccion? decia; pues esta se puede adquirir tanto en medio del siglo, como en la soledad del claustro, y no hay profesion honesta que sea incompatible con el servicio de Dios.” Muchos de sus discipulos se hallaban empleados en las cortes de los príncipes, en las que vivian virtuosamente; y cuando alguno quiso desprenderse de ellas, nunca lo consintió. Este grande hombre que formó una multitud de religiosos, tuvo tambien muchos penitentes, que con placer de él vivieron santamente en el seno de sus familias. Darán á conocer su espíritu sobre el particular algunas de las máximas que le eran familiares. “Es inútil consultar, decia, cuando se quiere pasar de un es-

tado malo á otro bueno; pero para cambiar uno bueno por otro mejor, es necesario pensarlo mucho, consultarlo y pedir á Dios su luz. Lo que es mejor en sí, no puede serlo para todos. Es una ilusion creer que tiene uno derecho de pasar de un instituto á otro, cuando este último es mas perfecto. Para hacer tal cosa, es necesario saber si tal es la voluntad de Dios.” Ningun confesor dirigia con mas prudencia y sabiduría á las mugeres: les exigia precisamente el que se ocupasen en sus trabajos domésticos, y que permaneciesen encerradas en sus casas, hasta donde les fuese posible. Una persona quedó admirada un dia de oirle alabar, con un encarecimiento extraordinario, á una Señora de Spoleto, y le preguntó el motivo porque la elogiaba tanto, y respondió: “La alabo porque hila lana.” Esta respuesta provocó la risa de su interlocutor; pero el siervo de Dios le citó aquellas palabras del Espíritu Santo en el libro de los Proverbios: “La muger fuerte ha hecho grandes cosas, porque sus dedos manejaron el huso.” Basta lo dicho para hacer resaltar la prudencia y discrecion de este gran santo.

